

tidamente el presente libro (1) de Guillermo Feliú Cruz. Es un libro de gran mérito. Guillermo Feliú Cruz, que aparenta ser un hombre que no hace nada, ha hecho aquí mucho y bien. Ha reunido los títulos de todas las obras y publicaciones de Vicuña Mackenna desde el año 1850 hasta el 1932. A esto ha agregado una *Bibliografía Parlamentaria de Vicuña Mackenna*, hecha por don Carlos Vicuña Mackenna, y una *Bibliografía Periodística* que comprende las siguientes publicaciones: *El Mercurio*, de Valparaíso (1852-1885); *La Voz de América*, de Nueva York (1865-1866); *Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires (1863-1871); *Revista del Río de la Plata* de Buenos Aires (1871-1874); *Nuevo Ferrocarril*, de Santiago (1879-1881), y *La Lectura*, de Santiago (1884).

Cerrando tan excelente acopio, Guillermo Feliú escribe un estudio sobre *Bibliógrafos y Bibliografías de Vicuña Mackenna*, estudio detallado y erudito.

Poco más habrá de hacerse ya en esta materia, de tal modo que podemos considerar casi definitivo este libro en lo que se refiere a la bibliografía vicuñista.— *M. R.*

TURGUENEV, por *André Maurois*.

Las biografías siguen triunfando. Si en las bibliotecas, o en los casilleros intelectuales del lector, no hu-

(1) Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1932.

biera más que un espacio destinado a la biografía y la novela, la primera iría desplazando a la segunda en nuestros tiempos. En los países latinos, por lo menos, la ficción está cediendo al empuje de las realidades, en materia de interés literario.

La maestría de retratista moderno de André Maurois (los retratos deben parecerse al original, pero no tanto *que se salgan del cuadro*, como esos bizcochos burgueses de Laszlo) la habilidad para trazar el dibujo de sus personajes, sin colores excesivos, eliminando lo superfluo, quitando los detalles insignificantes, sin escatimar aquellos que ceden un rasgo de personalidad, hace de esta biografía de Turguenev (1) uno de los mejores tipos que han pasado por su estilo. A pesar de la resonancia de *Byron* y *Shelley* la mejor obra biográfica de Maurois es la de Disraeli. Después, esta otra.

Ya estábamos cerca de Dostoyewski, por André Gide. Conocíamos a Tolstoy por Romain Rolland. Quedaba por presentarnos este maestro ruso, extraño, interesante, criado en las cacerías, suavizado y a la vez corregido por su vida francesa; mezcla que produjo ese estilo entre salvaje y delicado y esos tipos como Demetrio Rudín, Lawrestki, Litvinov, que sin perder un ápice de su naturaleza rusa, original y espontánea, tienen un tanto del europeísmo de la época y no se dejan sobrepasar por las mejores creaciones de Dostoyewski, de Dickens o de Balzac.

Al abrir, en una ojeada general de

(1) Grasset, París.

primera intención, el *Turguencv* de Maurois, y vislumbrar la distribución y los títulos de la obra, se nos antoja que ésta es más un ensayo crítico que una biografía. Pero no es así; tiene de los dos elementos. Más el crítico desaparece bajo la capa del biógrafo y la exposición de los libros de Turguenev, en esquemas argumentales, añade un nuevo interés a su figura. Se acercan las creaciones al autor y forman con él un conjunto tan certero de personalidad, que de haber prescindido de ellas, el personaje hubiera quedado en un aislamiento de pobreza novelesca.

Ha sido un acierto unir a la vida del biografiado, en concéntricas, las vidas de sus hijos literarios y la vida de su país y de su ambiente. Círculos que, graduados, dejan la impresión de una perfecta sencillez. Este es el Maurois de Disraeli, antes y de Turguenev, ahora.

Sus amistades con los grandes franceses de la época, su amor a Madame Viardot (llena de sangre española) en el que resplandece una originalidad extraordinaria, su vida de viajero infatigable, nostálgico siempre de donde no estaba (y esto no es una verdad de Pero-Grullo) las sociedades que frecuentó, quedan diseñadas de mano maestra en el libro que, por otra parte, lleva en él una amena distribución de los hechos que hace seguirlos insensiblemente.

A los que ya conocen por la lectura, las páginas de *Humo*, de *Nido de Hidalgos*, de *Anuchka*, les llega la hora de echar una mirada de conjunto sobre la obra completa de este

autor ruso un poco preterido actualmente junto a otros intereses momentáneos. De conocer, además, los inmediatos precedentes para la gran transformación (aparente, al menos) de un país donde las turbas gritaban entonces ¡Viva la Constitución! creyendo que ésta era la esposa del Gran Duque Constantino.—*José María Souviron.*

ELEONORA DUSE, por *Rheinhardt.*

Esta mujer, a la que acompañó la gloria, fué una de las artistas en que se identificaron (cosa rara) la feminidad y el arte. Precisamente de esta fusión le vino el amargor de su vida en la que no podía separar los dos elementos (tal vez, ni quería separarlos) que fueron uno de sus peores enemigos frente a los hombres. En el caso de sus amores con D'Annunzio, cómo sutilmente ha observado Antonio Espina, ella se enamoró del hombre y del poeta. D'Annunzio se enamoró sólo de la artista. Mejor se podría decir que D'Annunzio se enamoró de su propio orgullo, de su vanidad inmensa, que era lo que, al fin, le interesaba.

Rheinhardt, conocedor de la vida de Eleonora Duse, nos da un sutil libro de interés notable (1).

Sin ser una mujer bella, el arte hacía tales maravillas a su conjuro, que bastaban unos minutos en el escenario para que superara a la más hermosa del mundo. Así se lo decía D'Annunzio a Bernard Shaw.

(1) Traducción española por J. Pérez Bancés. Ediciones «La Nave», Atenea, Madrid, 1932.